

ARTÍCULOS

Aportes disciplinares para pensar el cuerpo sexuado. Sexo y género en el debate desde diversos campos disciplinares



Duen Sacchi. *Carol*, de la serie *Teoria del ficcionario*, lapiz sobre papel, 13 x 22 cm. 2014

Aportes disciplinares para pensar el cuerpo sexuado. Sexo y género en debate desde diversos campos disciplinares

Virginia Cardozo Rufo

Universidad de la República - FLACSO (Uruguay)

*Doctora en medicina y especialista en medicina familiar y comunitaria por la Universidad de la República (UdelaR).
Magíster en género y políticas de igualdad por Flacso Uruguay y doctoranda en ciencias sociales (Flacso Argentina).*

Contacto: cardozo.virginia@gmail.com

RESUMEN

PALABRAS CLAVE

Feminismo
Estudios de género
Sexo
Género
Ciencia

Los Estudios de Género, como campo transdisciplinar, reciben aportes para problematizar el cuerpo sexuado realizados desde campos muy diversos. El objetivo de este trabajo es realizar una aproximación panorámica a las principales referencias teóricas y desarrollos académicos para pensar el cuerpo sexuado desde distintas disciplinas. Para esto se seleccionan los aportes principales en esta temática desde la Historia, la Filosofía, las Ciencias Sociales, los Estudios Feministas de la Ciencia y la Tecnología y las biociencias. A lo largo de este proceso el trabajo problematiza el recorrido histórico a través del cual se incorpora el concepto de género como categoría central para el análisis feminista y el lugar marginal en el que queda la categoría sexo en el feminismo mainstream. Por otro lado se busca recuperar al sexo como construcción histórica. El cuerpo tiene una historia que se ha construido desde diferentes formaciones discursivas y prácticas sociales y políticas; recuperarla es necesario para evitar las lógicas esencialistas. Finalmente se desarrollan los aportes más relevantes en cada uno de los campos disciplinares seleccionados para este trabajo. Estas teorizaciones llevan a concluir que estos desarrollos académicos fortalecen el diálogo transdisciplinar dentro de los Estudios de Género.

ABSTRACT

KEYWORDS

Feminism
Gender Studies
Sex
Gender
Science

Gender Studies, as a transdisciplinary field, receives contributions on the topic of the sexed body from very diverse fields. The objective of this work is to carry out a panoramic approach to the main theoretical references and academic developments on the sexed body from different disciplines within Gender Studies. For this purpose, the main contributions on this topic were selected within disciplines such as history, philosophy, social sciences, feminist studies of science and technology and biosciences. Through this process, this work reflects the historical journey through which the concept of gender became a central category for feminist analysis and the marginal place in which the sex category remains in mainstream feminism. On the other hand, it seeks to recover sex as a historical construction. The body has a history that has been built from different discursive formations, social and political practices and recovering this history is necessary to avoid essentialist perspectives. Finally, this work exposes the most relevant contributions in each of the disciplinary fields selected for this work. These theorizations lead to conclusions that allow thinking about how these theoretical points of view strengthen transdisciplinary dialogue within Gender Studies.

Introducción

Los estudios y desarrollos teóricos sobre el carácter sexuado de los cuerpos no han estado ausentes de los debates feministas en diversas disciplinas académicas. Se podría afirmar que el modo de concebir el cuerpo sexuado es parte de debates y controversias actuales al interior de los feminismos (Guerrero Mc Manus, 2024). Los Estudios de Género, como campo transdisciplinar, reciben aportes para problematizar el cuerpo sexuado realizados desde campos muy diversos.

El objetivo de este trabajo es realizar una aproximación panorámica a las principales referencias teóricas y desarrollos académicos que problematizan al cuerpo sexuado desde diversas disciplinas dentro de los Estudios de Género. Para esto se seleccionan los aportes principales en esta temática desde la Historia, la Filosofía, Ciencias Sociales, los Estudios Feministas de la Ciencia y la Tecnología y la biociencias. Este trabajo no pretende agotar el tema, muy por el contrario, este recorrido por la diversidad de enfoques elaborados para cuestionar la lógica binaria de los sexos puede considerarse un simple punto de apoyo que permita impulsar búsquedas posteriores en el tema.

Para lograr el objetivo el trabajo se divide en tres secciones. La primera sección problematiza el proceso a través del cual se incorpora el concepto de género como categoría central para el análisis feminista y el lugar marginal en el que queda la categoría sexo en el feminismo *mainstream*. La segunda sección busca recuperar al sexo como construcción histórica. Latour y Woolgar (1979) desarrollan en los Estudios Sociales de la Ciencia y la Tecnología como parte del proceso de reificación de un hecho científico es borrar las huellas de su proceso social e histórico de construcción. El cuerpo tiene una historia que se ha construido desde diferentes formaciones discursivas y prácticas sociales y políticas; recuperarla es necesario para evitar las lógicas esencialistas. La tercera sección busca desarrollar los aportes más relevantes en cada uno de los campos disciplinares seleccionados para este trabajo. Este recorrido lleva a concluir que estos desarrollos teóricos fortalecen el diálogo transdisciplinar dentro de los Estudios de Género.

La construcción teórica del dualismo sexo/género

El término género no tenía un uso sistematizado hasta que se introduce por la psicología y la sexología de los años 1950 en Estados Unidos (EEUU), utilizándolo para distinguir el sexo social al sexo biológico (Stolke, 2004). Robert Stoller en esta época estudia a personas intersexuales, transexuales y homosexuales y desarrolla teóricamente en este proceso al sexo biológico como separado del género por asociarlo a un término con connotaciones psicológicas y culturales (Stolke, 2004). También en estos años se desarrollan los estudios de John Money del Johns Hopkins *Medical Center* de Baltimore en EEUU. Al investigar lo que consideraba defectos congénitos de los genitales, los “problemas” de identidad, de transexualidad y de homosexualidad, elabora una teoría sobre el lugar superior del condicionamiento socio-cultural por sobre los aspectos biológicos desarrollando así el concepto de identidad de género (Stolke, 2004).

En los años 70, desde el movimiento y la academia, las feministas se apropian del concepto de género para marcar que las desigualdades sociales provenientes del ser hombre o mujer no tienen sustento en las diferencias biológicas (Stolke, 2004). De esta forma afirman que “la biología no es destino” y que las relaciones de género y sus arreglos sociales son construcciones culturales por lo que pueden ser transformadas (Stolke, 2004). Kate Millet

(1969), Germaine Greer (1971) y Ann Oakley (1972) fueron pioneras en introducir el concepto de género en el feminismo citando ambas para referirse al término al psicoanalista Robert Stoller (Stolke, 2004). Se consolida de esta forma la comprensión del género como forma de designar la elaboración cultural sobre lo femenino y lo masculino y al sexo como las características anatómicas, hormonales y cromosómicas de los cuerpos (Maquieira, 2001). Desafiando esta idea de dos géneros en 1975 Gayle Rubin desarrolla el concepto de sistema sexo-género para describir el conjunto de dispositivos socio-culturales que crea a los "hombres" y a las "mujeres" llamando a cuestionar en sí misma a la categoría género pero no problematiza de manera profunda a los cuerpos sexuados (Stolke, 2004).

En los años posteriores el término género cobra fuerza en las teorías feministas como sistema simbólico en contextos culturales particulares y el término sexo queda excluido de estos debates (Stolke, 2004). Se mantiene incuestionado en ese momento el sexo como hecho biológico, simple dato de la realidad (Stolke, 2004). Por lo tanto la conceptualización predominante que surge de la segunda ola feminista afirma que los cuerpos nacen sexuados (machos o hembras) y el proceso posterior de socialización, cultural e históricamente situado, los constituye como varones o mujeres (Mattio, 2012). Marta Lamas es una de las teóricas latinoamericanas críticas de este proceso que afirma que reconociendo que los comportamientos masculinos y femeninos no dependen de forma esencialista de aspectos biológicos, se hace necesario dar espacio a los debates sobre el cuerpo sexuado evitando evadir el tema desde el feminismo (Lamas, 2004). Esta autora llama a realizar nuevas lecturas sobre lo biológico desde una perspectiva libertaria y a recomponer los invisibles puentes que vinculan lo biológico, con lo psíquico y lo social en las complejas interacciones humanas, tomando al género como punto de partido y no de llegada (Lamas, 2004).

Perspectiva histórica del cuerpo sexuado

Es importante, para problematizar el concepto de cuerpo sexuado, recuperar la historia del cuerpo que se ha construido desde diferentes formaciones discursivas y prácticas sociales y políticas. Thomas Laqueur (1994) en su investigación desarrolla como la noción contemporánea de sexo binario se ha ido construyendo a lo largo de la historia, ya que desde la Antigua Grecia hasta el Renacimiento la idea que predominaba era de un sexo único y recién en el siglo XVIII se consolida la idea de dos sexos naturales, el femenino y el masculino (Suárez Tomé, 2022). En el pensamiento desarrollado en la antigüedad por Galeno, se consideraba que existía una correspondencia entre cómo se organizaba el universo y cómo se componía el cuerpo humano. En sintonía con el pensamiento hipocrático del siglo V antes de Cristo la esfera terrestre estaba compuesta por cuatro elementos, fuego, tierra, aire y agua. En correspondencia el cuerpo humano estaba conformado por cuatro humores que debían estar en armonía (Suárez Tomé, 2022). Existía un ordenamiento jerárquico en este pensamiento ya que lo caliente y seco asociado a lo masculino era superior a lo frío y húmedo asociado a lo femenino (Suárez Tomé, 2022). Los cuerpos de hombres y mujeres en este pensamiento eran análogos y las distinciones son de grado y no de clase (Laqueur, 1994). Para Galeno los órganos de hombres y mujeres eran los mismos ya que el útero era un pene vuelto hacia adentro y el fondo del útero un escroto invertido (Suárez Tomé, 2022). Por lo tanto las mujeres, un cuerpo más frío, no eran consideradas un sexo en sí mismo sino que eran un varón imperfecto (Suárez Tomé, 2022). Bajo esta concepción galénica, el cuerpo podía cambiar a lo largo de la vida, y una mujer podría transformarse en hombre, con relatos de mujeres que a lo largo de su crecimiento "adquirieron el sexo viril" ya que el cuerpo tiende a perfeccionarse, por eso un hombre no podía transformarse a mujer (Schiebinger, 2004).

Este es un esquema sexista entre hombres y mujeres pero no se explicaba por la idea de sexos ya que la biología no era fundamento de los arreglos socio-culturales. Históricamente las concepciones del género precedieron al sexo (Laqueur, 1994).

En el siglo XVIII los anatomistas pasan a afirmar que la sexualidad se encuentra ubicada exclusivamente en los órganos reproductivos pero que el sexo impregna todos los órganos, todo el cuerpo humano, construyendo así el modelo del dimorfismo sexual (Suárez Tomé, 2022). Se desarrolla una anatomía que busca la diferencia en todas las partes (huesos, boca, cabello, ojos, voz, vasos sanguíneos, sudor, cerebro, etc.) (Schiebinger, 2004). Laqueur (1994) sostiene que, ante la caída de la antigua visión cosmológica, se necesitan nuevos fundamentos para sostener el orden social y construir una nueva teoría, ahora biológica, que sostenga la inferioridad de la mujer. Las descripciones anatómicas y biológicas de los cuerpos femeninos y masculinos los resaltan como diferentes y complementarios (Suárez Tomé, 2022). El cuerpo físico pasa a ser explicativo de las diferencias y jerarquías sociales, siendo las diferencias inconmensurables, opuestas y los sexos pasan a ser ontológicamente diferentes (Laqueur, 1994). Es importante destacar que esta nueva concepción de los sexos binarios no se origina de ningún descubrimiento científico sino de cambios de tipo políticos y epistemológicos (Muñoz, 2021).

Nuevos cambios en la concepción de la diferencia sexual aparecen a raíz del desarrollo del concepto de hormonas a inicios del siglo XX (Oudshoorn, 2000). Dentro de estos mensajeros químicos se encuentran las llamadas hormonas sexuales, siendo su secreción adjudicada a las gónadas (Oudshoorn, 2000). Con el concepto de las dos hormonas sexuales los científicos creyeron descubrir la esencia de lo que hace el hombre hombre y a la mujer mujer, por lo que estas eran mensajeros químicos de las masculinidad y feminidad (Oudshoorn, 2000). Se reforzaba así el dimorfismo sexual a través de la existencia de dos hormonas sexuales que generaban el antagonismo (Oudshoorn, 2000). El hallazgo en años posteriores de las hormonas consideradas femeninas en la orina de hombres "normales" y años después el hallazgo de las hormonas masculinas en mujeres puso en jaque este paradigma del antagonismo (Oudshoorn, 2000). Es aceptado por la ciencia que las gónadas pueden producir ambos tipos de hormonas (Oudshoorn, 2000). Las hormonas supuestamente femeninas pasaron a llamarse estrógenos y las masculinas andrógenos (testosterona) pero no se abandonó el uso de la expresión hormonas sexuales por lo que, aunque se abandone la concepción de la especificidad sexual en la función, la forma de referirse a ellas se ha mantenido (Oudshoorn, 2000). Este proceso revela cómo las ideas preconcebidas de masculinidad y feminidad dan forma a la ciencia y cómo los científicos usan las nociones culturales como un recurso cognitivo (Oudshoorn, 2000).

Surge en este proceso el paradigma biomédico del dimorfismo sexual que entiende que hay solo dos sexos (machos y hembras), que el sexo y el género son dos categorías coextensivas, desarrollándose así el determinismo biológico (Suárez Tomé, 2022). Se constituye así el sexo basándose en aspectos fenotípicos (gónadas, genitales, gametos, hormonas y caracteres sexuales secundarios) y cromosómicos (XX o XY). La medicina asigna al nacer el sexo basándose solamente el uno de los aspectos, usualmente en los genitales asumiendo el alineamiento del resto de los aspectos correspondientes al sexo asignado (Suárez Tomé, 2022). Por todo lo analizado, es posible valorar que la noción actual de dos sexos tiene una contingencia histórica, y que cómo se interpretan y representan las diferencias biológicas es una construcción sociohistórica.

Aportes desde diferentes campos disciplinares

En esta sección se revisarán los principales desarrollos teóricos provenientes de la Filosofía, las Ciencias Sociales, los Estudios Feministas de la Ciencia y la Tecnología y desde las biociencias.

Debates desde la Filosofía.

Luego de que el término género obtenga gran difusión dentro y fuera de los Estudios de Género diversas filósofas feministas han argumentado que la distinción sexo/género (biológico/cultural) presenta dificultades conceptuales y políticas para comprender las relaciones entre hombres y mujeres (Stone, 2007). Al interior de los debates efervescentes de la segunda ola feminista, algunas autoras comienzan a cuestionar el lugar natural del sexo como hecho biológico y la francesa Monique Wittig (1981) es una de ellas. Esta autora postula que un entramado lingüístico y político se pone en juego para que se mantenga el binarismo sexual y que la demarcación en sexos es fruto de una interpretación cargada de supuestos normativos de un sistema de géneros binarios ya que la oposición binaria siempre es, además, jerárquica (Butler, 2013). Para esta autora, al nombrar las diferencias sexuales se crean, haciendo que los órganos sexuales sean relevantes por su rol en la reproducción y por lo tanto haciendo de la heterosexualidad una necesidad ontológica (Butler, 2013). Es por esto que Wittig propone una disolución de la construcción binaria postulando que el sexo, al igual que la clase, es un constructo que debe ser depuesto (Butler, 2013); así como si como para que no haya esclavos no debe haber amos, no puede haber mujeres si no hay hombres (Wittig, 1996). Cómo la categoría sexo es funcional a una lógica heterosexual las lesbianas están más allá de la categoría sexo ya que el despliegue de la sexualidad define la categoría sexo (Butler, 2013). Wittig (1996) afirma entonces que no existe el sexo, sino que existe el sexo opresor y el sexo oprimido, y que es la opresión misma la que crea los sexos. La contradicción de clases entre los sexos se resolverá con la disolución de los sexos ya que las contradicciones siempre se resuelven en el campo de lo material (Wittig, 1996).

En los años 90, la filósofa Judith Butler complejiza este debate desde el posestructuralismo, afirmando que el sexo siempre fue género ya que este último es un efecto discursivo y el sexo es un efecto del género (Stolke, 2004). Por lo tanto, para esta teoría de la performatividad¹, la idea de sexo es tan construida socialmente como la idea de género (Stolke, 2004). Para Butler (2019) la diferencia de sexos nunca es simplemente una diferencia material ya que está marcada y formada por prácticas discursivas. No es posible distinguir lo que es "materialmente" cierto y "culturalmente" cierto sobre el cuerpo sexuado ya que el cuerpo es descifrable sexualmente a través de los signos culturales (Butler, 2019). Esta autora desarrolla la conceptualización de "matriz de inteligibilidad heterosexual" en donde el binarismo varón/mujer tiene el correlato biológico macho/hembra, se asume una relación causal y lineal entre sexo, género y deseo (ejemplo: se nace hembra, se es mujer, se desea a un varón) y esta relación lineal es estable a través de la lógica de la heterosexualidad (Mattio, 2012). De esta forma los cuerpos que no siguen esta relación lineal son ininteligibles y sometidos a sanción, burla, descrédito jurídico, social, cultural y muerte por lo que llama a desestabilizar esta relación de causalidad sexo, género, deseo (Mattio, 2012). En su teoría de la performatividad en donde el género conforma un hacer, una actuación de determinada

¹ "la performatividad debe entenderse no como un "acto" singular y deliberado, sino, antes bien, como la práctica reiterativa y referencial mediante la cual el discurso produce los efectos que nombra" (Butler, 2019).

identidad de género (no por ello voluntaria) agrega que el cuerpo también es un efecto performativo (Mattio, 2012). La materialidad del sexo se construye a través de “normas reguladoras del sexo” materializando la diferencia sexual en pos de garantizar la heterosexualidad (Mattio, 2012). El sexo es un ideal regulatorio cuya materialización se impone pero esta materialización nunca es completa, los cuerpos nunca acatan completamente las normas que lo regulan lo que abre la posibilidad de rematerialización (Butler, 2019).

El filósofo Paul Preciado (2002) denuncia el origen biomédico del concepto de género en lo que describe como “episteme posmoneyista” haciendo alusión al Dr. Money (Mattio, 2012). En esta episteme, que surge de los estudios del sexólogo, se habilita la intervención quirúrgica y hormonal sobre los cuerpos de infancias intersexuales en pos de un ideal regulador preexistente de lo que el cuerpo, femenino o masculino, debe ser (Mattio, 2012). Sin embargo esto, que evidencia el carácter construido del sexo, habilita la reapropiación de las tecnologías del género para generar nuevas formas de agenciamiento corporal sobre todo a personas trans (Mattio, 2012). Detrás de la asignación del sexo al nacer se da un primer recorte visual, discursivo y/o quirúrgico. Las operaciones de reasignación de sexo en personas trans son mesas secundarias donde se renegocia el trabajo de recorte realizado por la primera mesa de operaciones por la que todas las personas hemos pasado (Preciado, 2002). Este autor afirma de esta forma que el género no sólo tiene un carácter performativo, sino también prostético y que el sexo, no solo el género, es una tecnología biopolítica (Mattio, 2012). Con esto crítica a Butler su olvido de la materialidad, afirmando que toda performance de género requiere también una inscripción corporal ya que distintas biotecnologías se ponen en juego, tanto en personas cisgénero como transgénero para “pasar” como un cuerpo normal (Mattio, 2012). Desde esta perspectiva, ni la biología ni la cultura se imponen como destino (Mattio, 2012). El “antiguo régimen” sexual y político criminaliza todo tipo de cruce (personas migrantes, disidencias sexo-genéricas, etc.) pero para este autor es el cruce donde es posible dibujar el “mapa de una nueva sociedad con nuevas formas de producción y reproducción de vida” (Preciado, 2019, pp. 27). Cruzar el binarismo sexual lleva a enfrentarse a lo que considera que es “la más violenta de las fronteras políticas inventadas por la humanidad” (Preciado, 2019, pp. 28).

Mauro Cabral ha teorizado sobre las personas intersexuales o personas que nacen con “sexo ambiguo” al hacer referencia a la genitalidad que no es fácilmente clasificable como femenina o masculina. Clásicamente el sistema médico busca “corregirlos” quirúrgicamente para “normalizarlos” ya que se considera que el macho o la hembra son las únicas opciones aceptables (Maffía y Cabral, 2003). Esta aceptabilidad se basa en la adecuación de un cuerpo para que pueda tener una relación heterosexual, por lo tanto una relación con penetración y/o reproducirse sin tomar en cuenta otros aspectos como la sensibilidad de esos genitales o el placer (Maffía y Cabral, 2003). Se considera que sin esos genitales “normales” la persona no podrá ser aceptada ni tener vínculos afectivos adecuados por lo que esta dicotomía anatómica se fuerza por motivos ideológicos con un disciplinamiento quirúrgico que permita que los roles de género puedan desarrollarse al tener la base material del cuerpo sexuado adecuado (Maffía y Cabral, 2003). El movimiento político de personas intersexuales ha denunciado esta violencia sobre sus cuerpos y ha demandado detener las cirugías infantiles en casos de genitales ambiguos (Maffía y Cabral, 2003).

La filósofa Alison Stone (2007) revisa teorizaciones provenientes de la filosofía de la biología que afirman que la presencia de las personas intersexuales, transexuales o

transgénero lleva a pensar que una persona puede no tener todo el set de las propiedades "masculinas" que hacen que se considere hombre. Por esto afirma que existe un *cluster* de propiedades relevantes para ser considerado hombre o mujer, cuando un individuo tiene suficientes elementos de este cluster puede ser considerado hombre o mujer (Stone, 2007). Puede existir la expresión de algunas pero no todas las propiedades de un *cluster* y en algunos casos puede ser imposible resolver a qué categoría pertenece. Esto aplicado al sexo significaría, por ejemplo, que tener cromosomas XX favorece la aparición de ovarios, que favorece la aparición de ciertas hormonas, que favorece la aparición de genitales femeninos, etc. (Stone, 2007). Estas son todas propiedades del *cluster* que tienden a aparecer juntas de forma causal pero pueden no aparecer todas juntas ya que distintos factores pueden evitar que estas propiedades co-ocurrán (Stone, 2007). Por lo tanto, si ser hombre o mujer es cuestión de tener la suficiente cantidad de propiedades correspondientes a esta categoría, entonces el sexo es una cuestión de grados (Stone, 2007). Las personas intersexuales estarían en el centro del espectro pero eso no las hace radicalmente diferentes que cualquier otra persona ya que no hay una línea divisoria clara que divida un sexo de otros, es una gradualidad (Stone, 2007). Esta autora afirma que sexo y género se influyen mutuamente, que el género adicionalmente influye en las ideas científicas que se tienen sobre el sexo e influye en la forma en la que clasificamos a las personas según sexo (Stone, 2007). A pesar de esto, la distinción entre sexo y género puede mantenerse (Stone, 2007).

Un aporte ineludible de la Filosofía desde la geolocalización Latinoamericana proviene los Estudios Decoloniales y el aporte de María Lugones (2008) en el campo. La autora desarrolla el concepto de sistema de género colonial/moderno y aporta así un análisis sobre la colonialidad del género y los procesos de entrelazamiento de la producción de raza y género (Lugones, 2008). Este sistema de género colonial/moderno tiene un lado claro/visible y un lado oscuro/oculto. El dimorfismo sexual, la heterosexualidad y el patriarcado confirman el lado claro/visible. Las personas intersexuales estarían en el lado oscuro/oculto, a pesar de que en culturas previas a la colonización existían sin ser asimilados a la lógica binaria (Lugones, 2008). Esta autora destaca cómo, los colonizadores imaginaban a los indígenas de las Américas como hermafroditas o intersexuales, con penes enormes o enormes pechos vertiendo leche (Lugones, 2008). Por lo tanto el capitalismo colonial reconoció realmente el dimorfismo sexual entre hombres y mujeres blancos y burgueses haciendo evidente que la diferencia sexual no es un elemento biológico (Lugones, 2008). Se suma así a las teóricas que afirman que el género precede al sexo y lo llena de significado (Lugones, 2008). El capitalismo eurocentrado global introdujo diferencias de género donde antes no existían produciendo inferiorización de las mujeres indígenas. Propone problematizar el dimorfismo sexual ya que la construcción dicotómica del género es fundamental para un análisis decolonial (Lugones, 2008). En este aspecto desarrolla como en Occidente las subordinadas eran hembras-no-blancas, no tenían género, no tenían cultura y aun cuando fueron posteriormente "engenderizadas" no les correspondía ninguno de los privilegios de las mujeres blancas. Las mujeres europeas blancas eran consideradas cuerpos frágiles, mientras las esclavas eran consideradas suficientemente fuertes para hacer cualquier tipo de trabajo lo que consiste en otra evidencia del sexo como construcción social y el rol de la raza en su producción (Lugones, 2008).

Debates desde las Ciencias Sociales.

El cuerpo y la naturaleza estuvieron ausentes como objeto de estudio en las Ciencias Sociales hasta avanzado el siglo XX ya que se consideraba una realidad objetiva y natural

(Sadler, 2018). En las últimas décadas de este siglo se comienza a problematizar el dualismo mente/cuerpo desarrollándose el concepto de cuerpos vividos, formaciones contingentes de tiempo, espacio y materialidad (Sadler, 2018). La fenomenología, el vitalismo y el pragmatismo lleva al desarrollo del concepto *embodiment*, entendiendo a los seres humanos como inseparables de su expresión física (Sadler, 2018). Csordas (1988) desarrolla este concepto que alude al ser/estar en el mundo posicionando a la experiencia corporal como base de la cultura y el ser (Sadler, 2018). Surgen así estudios socio-antropológicos que deconstruyen la idea de cuerpo puramente biológico y lo entienden como construcción socio-cultural, parte del campo de la cultura (Sadler, 2018). El cuerpo es un agente y sitio de confluencia de lo psicológico, lo social y lo biológico (Sadler, 2018).

Afirma el sociólogo y antropólogo David Le Breton (2021) que la existencia del ser humano es corporal y al estar en el centro de la acción humana y colectiva, del simbolismo social, es una herramienta exploratoria de gran alcance para comprender mejor el mundo. El cuerpo nunca es un dato indiscutible, sino que es producto de la construcción social y cultural. Por lo que no existe una naturaleza humana ni naturaleza del cuerpo sino una condición del ser humano que es una condición corporal cambiante de época en época y de un lugar a otro (Le Breton, 2021). El cuerpo entonces, es una materia de sentido, no un hecho y solo cobra sentido a través de la mirada cultural (Le Breton, 2021).

Uno de estos aportes proviene de la socióloga R. W. Connell (1995) al estudiar las masculinidades y encontrarse la fuerte presencia del concepto de "hombre de verdad" u "hombre por naturaleza" que refleja la idea de que la verdadera masculinidad surge de los cuerpos de los hombres. Por esto el análisis social debe iniciar por comprender el cuerpo de los hombres para entender la masculinidad (Connell, 2003). Connell (1995) propone, poniendo distancia tanto de las posturas basadas en el posestructuralismo como de las posturas biologicistas, aceptar que al menos en nuestra cultura, el sentido físico de ser hombre o ser mujer es central para la interpretación cultural del género. El cuerpo, el sentir la piel, la experiencia corporal es parte de la comprensión de quiénes somos. Afirma esta autora que el "proceso corporal, al insertarse en los procesos sociales, se vuelve parte de la historia (tanto personal como colectiva) y un posible objeto de la política" (Connell, 2003, pp. 88). Es necesario que aparezcan los cuerpos en la teoría social, entendiendo que estos tienen agencia en los procesos sociales en un proceso en el cual las prácticas se reflejan en el cuerpo y a su vez se derivan de este (Connell, 2003). Las prácticas que se reflejan en el cuerpo y derivan de él hace que el mundo social tenga una dimensión corporal pero que no esté determinado biológicamente (Connell, 2003). Estas prácticas son territorio político, por lo que la lucha de intereses de género es una política que depende del cuerpo y de factores sociales, es una política que tiene cuerpo (Connell, 2003).

Desde la Antropología del Cuerpo una autora que ha estudiado el cuerpo desde la perspectiva de género es Mari Luz Esteban (2013). Esta analiza el rol de la imagen corporal y de la idea de diferencia en el mantenimiento de las desigualdades de género y de las estéticas transformadoras en los procesos de emancipación. Esta autora afirma que la Antropología y el feminismo deberían abandonar la descorporeización y tomar la carnalidad de la experiencia humana y que el empoderamiento social implica un empoderamiento corporal (Esteban, 2013). Las prácticas de género son así prácticas físicas, corporales, motrices y emocionales (Esteban, 2013).

Debates desde los Estudios Feministas de la Ciencia y la Tecnología.

Las crisis de las teorías clásicas, problematizando el dualismo naturaleza-cultura, deriva también a una crisis del dualismo sexo-género (Stolke, 2004).

Dentro de quienes estudian las cuestiones vinculadas al cuerpo sexuado se encuentra Helen Longino (1997) que analiza la neuroendocrinología de la conducta cuestionando lo que llama el modelo hormonal lineal que plantea que las hormonas gonadales prenatales determinan las conductas según sexo y las diferencias cognitivas entre hombres y mujeres de forma irreversible y unidireccional (León-Rodríguez, 2016). Las creencias y valores de quien investiga influyen en la unión lineal e "intencional" entre hormonas y conducta que surgen de ciertos "datos experimentales" (Sánchez, 2006). Esto explica las distancias entre los datos de las investigaciones y los lenguajes en los que se describen así como entre los datos y las hipótesis que se generan (Longino y Doell, 1987). Por el contrario esta autora postula que el cerebro se organiza a través de estímulos exógenos y endógenos, por lo que el ser humano se construye en un contexto psicosocial y político (León-Rodríguez, 2016). Longino (2013) también analiza los estudios que intentan vincular la genética con los comportamientos humanos y critica el concepto de "heredable" ya que este no permite evaluar cuanto del comportamiento heredado se da por factores genéticos y cuanto por mecanismos de transmisión no genéticos. Estos estudios no tienen en cuenta el impacto del ambiente y su variabilidad en la heredabilidad de un rasgo (Longino, 2013). Sin embargo, la conectividad sináptica que influye a la personalidad, la conducta y la cognición no sólo se forma en el contexto de la experiencia sino que es maleable a la experiencia adicional (Sánchez, 2006). Por lo tanto, para esta autora los aspectos biológicos son inseparables de los sociales (Sánchez, 2006).

Ruth Bleier (1987) desarrolla cómo el proceso de aprendizaje y el ambiente influyen en la estructura neuronal afirmando que cada persona es un producto único de su historia y experiencia personal y que por lo tanto es inútil la búsqueda de causas biológicas a las diferencias conductuales (Sánchez, 2006). Incluso en el desarrollo fetal el ambiente materno influye en el organismo influyendo en la expresión genética y en el desarrollo del sistema nervioso central (Sánchez, 2006). Un aspecto que resalta esta autora es como las diferencias encontradas tanto a nivel cerebral, hormonal o genética para explicar el comportamiento entre los sexos nunca son exclusivas de un sexo (Bleier, 1997). Las diferencias estadísticas que se encuentran es cuestión de grados y son diferencias pequeñas mientras que las diferencias de las expectativas sociales en el desarrollo de estas habilidades son enormes (Bleier, 1997). Además, sea cual sea la característica que se mide, el rango de variación es mayor entre los propios varones o entre las propias mujeres que entre los dos sexos por lo que no hay mayor justificación social o científica en buscar las vastas variaciones entre individuos en las pequeñas variaciones entre los sexos (Bleier, 1997).

Una referencia ineludible en este tema es el trabajo realizado por la bióloga Anne Fausto-Sterling (2006). El pensamiento binario para Fausto-Sterling (2006) domina los estudios de la Biología, entendiendo la naturaleza/sexo como lo real e inmutable y la cultura/género como una ficción contingente. Esta autora postula la necesidad de superar esta forma de pensamiento de ciencia binaria entendiendo que lo físico y lo psicológico son una forma en la que se materializa este dualismo en la sexología (Fausto-Sterling, 2006). Postula un modelo de cinta moebius que consiste en una cinta torcida y luego pegada por los dos extremos, conforma un enredo topológico (Fausto-Sterling, 2006). En esta cinta no

es posible determinar qué lado es el de afuera y cuál el de dentro, al estar torcida los sentidos interno y externo cambian cuando se sigue un mismo lado de la cinta (Fausto-Sterling, 2006). Postula así entender a los cuerpos como procesos activos y que naturaleza y crianza son inseparables. Por el contrario, la ciencia se basa en la dictadura del dos, de la dicotomía, pero su teoría propone mirar la corporalidad por fuera de esta lógica dicotómica (Fausto-Sterling, 2006). En sus estudios, partiendo de estudiar archivos sobre "cuerpos ambiguos", cuestiona la idea de que existen sólo dos sexos y desarrolla la idea de que existen al menos 5 sexos que constituyen una graduación entre hombre y mujer y que lo que la medicina hace llamar intersexo corresponde por lo menos a 3 sexos distintos (hermafroditas verdaderos, pseudohermafroditas masculinos y pseudohermafroditas femeninos) (Maquieira, 2001). Para Fausto-Sterling las intervenciones médicas sobre infancias intersexuales que se fundamenta en la salud psicológica que necesita de la distinción de los sexos, se basa en la idea de normalidad. Para alcanzar esta "normalidad" a quienes no encajan en la clasificación binaria se les aplica un "calzador quirúrgico" para empujarlas hacia ella (Maquieira, 2001).

Alineada con esta perspectiva Ana Sánchez (2006) propone desde una lógica dialógica que, a diferencia de lo lineal, se piense en forma de bucle recursivo desde una modelización interactiva entre aspectos culturales y aspectos biológicos. Esta autora postula tomar la trinidad individuo/especie/sociedad que funciona de forma dialógica e inseparable y hace imposible pensar a los individuos respondiendo de forma imperativa a los aspectos biológicos (Sánchez, 2006). Esta lógica de bucle rompe con la linealidad que busca bases biológicas en aspectos conductuales construyendo preguntas de investigación perversas como "¿Por qué los hombres se orientan mejor?" (Sánchez, 2006). Si se analiza estas preguntas desde la lógica de bucle es posible entender que sexo y género funcionan de forma recursiva siendo destacada la inseparabilidad sexo/género. Por esto es necesario la mirada de lo biológico desde las Ciencias Sociales y de lo cultural desde los estudios fisiológicos y biológicos (Sánchez, 2006). Sin embargo el pensamiento lineal lleva a buscar causalidad donde hay correlación y confundir así explicación con descripción (Sánchez, 2006). Siguiendo esta lógica los hallazgos en los estudios basados en aspectos exclusivamente biológicos tienen un valor muy relativo (Sánchez, 2006).

Donna Haraway (1985) propone una salida radical a los dualismos, incluyendo el de sexo/género, proponiendo incluir la ciencia ficción. Postula así la figura del *cyborg* como nuevo sujeto/a. Es una propuesta apocalíptica para las denominaciones occidentales en la construcción de individuo (Calisto, 2018). El *cyborg* es un híbrido de máquina y organismo, un cuerpo sin límites claros, que no termina en la piel, que aporta a imaginar un mundo monstruoso sin género (Calisto, 2018). "El *cyborg* es una especie de yo personal, posmoderno y colectivo, desmontado y vuelto a montar. Es el yo que las feministas deben codificar" (Donna Haraway, 1985). Un *cyborg* transgrede fronteras e invita a explorar posibilidades peligrosas que surgen de expropiar para nosotros/as/es nuestros cuerpos y las biotecnologías para comprender los placeres nacientes y para cambiar las reglas de juego.

Debates en el Campo Biomédico. La biomedicina sustenta su concepción de cuerpo sexuado en la morfología, la endocrinología y en la genética (Flores, 2012). Plantea el médico e investigador Javier Flores (2012) que los estudios de las ciencias médicas sobre la complejidad de la organización hormonal, cromosómica/genética y la anatomía muestran la insuficiencia de los modelos biomédicos para justificar de forma satisfactoria la ubicación del sexo en dos categorías (hombre/mujer) (Flores, 2012). Este autor propone tomar la concepción médica de la individualidad biológica que se ejemplifica en la frase que se repite

en el campo de “no hay enfermedades sino enfermos” para pensar la individualidad del sexo, por lo que hay tantos sexos como personas porque cada persona tiene su propio sexo (Flores, 2012).

El llamado del *National Institute of Health* (NIH) en EEUU (2015) a usar tanto material de células femeninas como masculinas y analizar el sexo como variable biológica en todos los estudios clínicos y preclínicos generó debates posteriores en las feministas que trabajan en el campo biomédico. La fundamentación de esta decisión está basada en que esto mejoraría la comprensión sobre las diferencias sexuales en salud (Richardson *et al*, 2015). Para que esto fuera cierto los modelos que se usan deberían reproducir de forma fidedigna las diferencias entre hombres y mujeres. Las diferencias por sexo, por ejemplo en la aparición de un efecto adverso a una droga puede deberse a factores biológicos, sociales o a una combinación de ambos (Richardson *et al*, 2015). Desde el enfoque de Eliot y Richardson (2016) existen grandes dificultades para poder analizar el sexo como variable biológica (SABV por sus siglas en inglés) ya que para hablar con sustento sobre las diferencias en salud entre hombres y mujeres se deben tener en cuenta los siguientes aspectos: 1) cromosomas, órganos reproductivos y niveles hormonales. 2) atributos fisiológicos que se correlacionan con el sexo y que se que solapan entre grupos de hombres y mujeres como el peso corporal, la longevidad, la relación tejido muscular/tejido graso. 3) influencias socio-culturales relacionadas al género como hábitos, experiencias, autoimagen, *status* social, etc. Estos aspectos biológicos y psicológicos son bidireccionales por lo que no pueden entenderse las diferencias de sexo aislando alguno sólo de estos aspectos, por lo que el mandato del NIH lleva a sesgos en el análisis (Eliot y Richardson, 2016).

Según el punto de vista de la política del NIH se puede acceder de forma “limpia” al sexo a través de estudios en células aisladas en laboratorio o a través de modelos animales. Sin embargo esto no tiene en cuenta que los efectos relacionados al sexo existen en contextos determinados y que este contexto puede implicar la interacción con otras variables biológicas (altura, peso, nivel hormonal, longevidad) y con factores psicosociales (seguridad económica, *status*, roles de género) (Eliot y Richardson, 2016). Partiendo de estas críticas al SABV, Richardson (2022) desarrolla la teoría del contextualismo sexual bajo el cual la definición de sexo, las variables relacionadas a este y la relevancia que tienen o no depende del contexto de investigación. Desde esta perspectiva ningún componente o conjunto de componentes especifica el sexo en los programas de investigación (Richardson, 2022). Esto se alinea con la lógica de la biología del sexo que comprende que el cuerpo es un todo molecular interconectado pero que no implica un esencialismo binario del sexo biológico (Richardson, 2022). La autora propone el Contextualismo Sexual biológico que “se ocupa de la materialidad del sexo sin comprometerse previamente con una ontología particular del sexo” (Richardson, 2022, pp. 408). Las variables relacionadas al sexo adquieren un significado biológico o son relevantes o no en el contexto particular de la investigación por lo que “macho” y “hembra” no significan lo mismo en todos los contextos ni se limitan a ser las únicas subclases para los sexos (Richardson, 2022).

Críticas adicionales al mandato de introducir SABV en los estudios preclínicos enfatizan la falta de consenso sobre una definición de sexo entre quienes investigan y la confusión constante en los intentos de obtener una definición entre dimorfismo sexual, diferencia sexual e influencia sexual conformando así el sexo un “*boundary object*” u objeto

frontera² (Pape, 2021). A su vez esta política enfatiza la idea de la diferencia, dándole mayor valor que a la similitud y a los solapamientos en los hallazgos para estar abiertos a la idea de semejanza (Pape, 2021). En este esfuerzo las políticas públicas trabajan para que solo ciertas ontologías del cuerpo, de la salud y de la enfermedad sean adoptadas e instrumentalizadas (Pape, 2021). Afirma Pape (2021) que paradójicamente, en el esfuerzo por encontrar la diferencia encarnada, la multiplicidad se hace fácilmente visible.

Otra autora que aporta a este debate es Nancy Krieger (2001) que al vincular la expresión biológica a la epidemiología social aporta sobre la centralidad de las desigualdades socioeconómicas para explicar la expresión diferenciada de una enfermedad. Ya que las desigualdades de género se traducen en desigualdades socioeconómicas esto explica la expresión biológica generizada (Ciccia, 2021). Por otro lado la autora Anelis Kaiser (2012) integrante del grupo NeuroGenderings Network³ incorpora la noción de sexo/género en el campo en el campo de las neurociencias ya que considera imposible desagregar en los cerebros los factores puramente biológicos de los factores asociados a nuestra experiencia social generizada (Ciccia, 2021).

Un área de estudios que ha tenido intensos debates desde los aportes feministas en los últimos años ha sido el de las neurociencias cuestionando que el cerebro sea el lugar donde problematizar la diferencia entre los sexos. Desde el enfoque del equipo interdisciplinar de NeuroGenderings Network se utiliza el término “neurosexismo” para referirse a aquellos estudios de las neurociencias que buscan reafirmar las ideas preconcebidas de que existen diferencias inherentes entre los sexos en este campo (Reverter, 2022). Surge así el neurofeminismo como movimiento para hacer una revisión crítica de las teorías científicas que de forma acrítica, sexista, acientíficas y basadas en ideas patriarcales afirman la existencia de la diferencia cerebral de los sexos (Reverter, 2022). Algunos de los errores metodológicos que encuentran estas revisiones críticas de los estudios sobre las neurociencias es que sistemáticamente confunden sexo con género llevando a confundir correlación con causalidad al intentar buscar vínculos lineales entre sexo y género o entre cerebro y comportamiento (Reverter, 2022). Reverter (2022) afirma que deben buscarse soluciones metodológicas no separando sexo de género al operacionalizar, tomando el concepto sexo/género de Kaiser (2012). La plasticidad neuronal a nivel cerebral marca la relevancia de los aspectos culturales y experienciales en los mecanismos neuronales y genéticos (Reverter, 2022). Si el 90% de las conexiones sinápticas se crean luego del nacimiento es posible pensar que estas están relacionadas con la experiencia y el aprendizaje a lo largo de la vida (Reverter, 2022). La evolución humana es biosocial por lo que no puede comprenderse sólo desde una disciplina aislada (Reverter, 2022).

² Los objetos frontera son aquellos objetos que habitan en varias comunidades de práctica y satisfacen los requisitos de información de cada una de ellas. Los objetos fronterizos son, por lo tanto, lo suficientemente plásticos para adaptarse a las necesidades y limitaciones locales de las diversas partes que los emplean, y al mismo tiempo lo suficientemente robustos como para mantener una identidad común en todos los sitios. Están débilmente estructurados en el uso común y se vuelven fuertemente estructurados en el uso de un sitio individual. Estos objetos pueden ser abstractos o concretos. (Bowker y Leigh-Star, 1999, pp. 297).

³ “una red interdisciplinar de prestigiosas investigadoras críticas respecto del discurso neurocientífico predominante, complejizan la forma de interpretar el sexo. Muchas de ellas explicitan que, si bien es recomendable que hembras y mujeres se incorporen en cualquier estudio que hoy se realiza solo en machos y varones, tal incorporación no supone necesariamente introducir el sexo como una variable biológica” (Ciccia, 2021).

La neurocientífica Gina Rippon (2019) profundiza el análisis sobre la plasticidad cerebral refiriéndose a los efectos en el cerebro que tienen las actitudes y creencias populares y personales, por lo tanto un mundo sesgado produce cerebros sesgados. El bombardeo de género que recibimos en todos los ámbitos de nuestra vida afecta el cerebro, y hace énfasis en dos ventanas de transformación sináptica cerebral que son la primera infancia y la adolescencia (Rippon, 2019). Las diferencias entre sexos son pequeñas y no son mayores que las diferencias entre individuos del mismo sexo lo que puede llevar a desafiar la propia noción de sexo (Rippon, 2019). Rippon (2019) propone pasar el análisis a nivel de individuos y de las características únicas de su cerebro y entender los factores externos que le dan forma a este perfil único individual. “La neurobasura desacredita el genuino e importante trabajo que está emergiendo de los laboratorios de las neurociencias” (Rippon, 2019). La neurociencia puede ayudar a cerrar la brecha del debate de *Nature vs Nurture* al mostrar cómo el mundo social influye en el cerebro y puede ayudar al mundo a ver cómo impactan los estereotipos negativos (Rippon, 2019). Quizás la estabilidad de las diferencias proviene de la estabilidad de ciertos aspectos ambientales como el tratamiento desigual por sexo (Rippon, 2019).

Otros análisis críticos a las neurociencias vienen de la neurocientífica Daphna Joel que afirma que aun en aquellas características cerebrales que se consideran más dimórficas, existen grandes solapamientos entre los sexos y en particular en las regiones vinculadas a la conducta, las emociones o la cognición (Ciccia, 2017). Las diferencias medias en los estudios que comparan cerebros por grupos de personas separadas por sexo son ínfimas y sin embargo se usan como argumento para fundamentar grandes diferencias de la función; la similitud se silencia y la diferencia acapara la atención (Joel y Vikhanski, 2020). Adicionalmente es imposible definir si estas diferencias se deben a un componente innato o a influencias externas en la experiencia de vida de las personas (Joel y Vikhanski, 2020). Esta autora afirma que las neurociencias siguen confundiendo diferencias en estructura con diferencias en función y que la heterogeneidad en los cerebros es la regla. En sus estudios concluye que en un mismo cerebro coexisten elementos de “ambos sexos” por lo que cada cerebro sería un mosaico con características únicas donde el sexo es un factor más que influye junto con el ambiente y la experiencia individual (Ciccia, 2017). El cerebro con un mosaico que reúna todas las características típicamente “masculinas” en raro, pero es más frecuente en el sexo masculino y viceversa (Ciccia, 2017). Si se utiliza la terminología referida a los genitales para hablar del cerebro, este sería intersexual en la mayoría de las personas (Joel y Vikhanski, 2020).

Pitts-Taylor (2012) afirma que el cerebro es parte de un cuerpo que es codependiente de la naturaleza y la cultura. Los sujetos siempre son biológicos, culturales, sociales e individuales y las teorías, incluyendo la neurobiología que no incorporan esto limitan su capacidad de comprender la realidad que estudian (Pitts-Taylor, 2012). El cerebro no es ahistórico, fijo o atemporal por lo que las críticas de la neurocultura deben enfatizar la necesidad de enfoques holísticos y de incorporar a las Ciencias Sociales en los estudios sobre el cerebro (Pitts-Taylor, 2012). Así como los neurocientíficos expanden su alcance más allá de su entrenamiento al estudiar temas que son culturales los científicos sociales deben devolverles el favor hablando sobre biología (Pitts-Taylor, 2012).

Por otro lado, autoras como van Anders (2022) estudian cómo nuestros comportamientos influyen en los niveles hormonales y proponen cambiar la noción de sexo/género por género/sexo ya que el género es el lente a través del que se debe mirar el sexo (Ciccia, 2024). Esto impide además estudiar al sexo sin el género. Sin embargo se ha

postulado que esta postura sigue manteniendo una dicotomía entre el adentro y el afuera, lo innato y lo adquirido reproduciendo la dicotomía naturaleza/cultura (Ciccía, 2024). Desde esta crítica Ciccía (2024) propone el concepto de epigenealogía tomando elementos del realismo agencial de Barad (2007), proponiendo la idea de sincronización de los procesos moleculares con los procesos sociales que deja sin efecto un adentro y un afuera. Ciccía (2022) critica el dimorfismo sexual cerebral y afirma que de existir vínculos entre sexo y género, genitalidad y habilidades, biología y conducta estos son estadísticos y no dan cuenta del impacto de las normativas de género en la subjetividad. La autora llama a interpelar la categoría sexo como variable biológica ya que cuando se hace referencia a ella se incluyen parámetros muy diversos (cromosomas, comportamientos, rasgos, fisiología, hormonas) por lo que eliminar la categoría sexo nos permitiría evaluar cada parámetro como variable separada (Ciccía, 2022). Estos parámetros la mayoría de las veces no son medidos, sino que se asumen (Ciccía, 2022). Es necesario romper con la lógica de causa-efecto ya que la materialidad del cuerpo es sólo ontológicamente anterior a los estados psicológicos y no de forma temporal. En este sentido afirma que tanto la idea de cuerpos dimórficos, como de cuerpos individuales son dos caras de la misma moneda. Se debe pensar a las personas como trayectorias singulares, relacionales, que se dan en el marco de normas de género pero que no son ni homogéneas, ni esenciales (Ciccía, 2022, pp. 205). Romper con la dicotomía naturaleza/cultura deja sin efecto la categoría sexo, por lo que en los estudios biomédicos donde se vean datos desagregados por sexo se debe cuestionar su validez (Ciccía, 2022).

Conclusiones

El recorrido teórico propuesto en este trabajo permite afirmar que la problematización sobre el cuerpo sexuado está presente en los desarrollos feministas en la Filosofía, la Historia, las Ciencias Sociales, los Estudios Sociales de la Ciencia y la Tecnología y las ciencias biomédicas. Sin embargo, también es posible visualizar la vocación de diálogo entre disciplinas, característico de los Estudios de Género, presente en estas teorizaciones. Por todo esto las búsquedas por una mirada crítica al binarismo hombre/mujer o macho/hembra al intentar cuestionar el dualismo naturaleza/cultura, sexo/género reflejan la necesidad de superar las miradas reduccionistas que separan de forma dicotómica las ciencias naturales de las ciencias sociales limitando así el diálogo entre disciplinas. Los aportes teóricos reflejados en este campo consisten en una negativa a renunciar a la teorización del cuerpo por parte de las ciencias sociales así como una denuncia a la necesidad de superar el biologicismo desde las ciencias biomédicas. Por esto, por más que cada una de las personas autoras que se exponen en este trabajo, pertenecen a una disciplina, reflejan esta necesidad de diálogo transdisciplinar para pensar el cuerpo sexuado. Los aspectos simbólicos, políticos, científicos e históricos que aportan a comprender la construcción binaria del cuerpo, permiten a los feminismos nuevas perspectivas ético-políticas de búsqueda de la superación de las opresiones sexistas.

Referencias bibliográficas

Barad, Karen. (2007). *Meeting the universe halfway. Quantum physics and the entanglement of matter and meaning*. Duke University Press.

- Bleier, Ruth. (1997). *Science and Gender. A Critique of Biology and Its Theories on Women*. Athene Series.
- Bowker, Geoffrey y Leigh-Star, Susan. (1999). *Sorting things out. Classifications and its consequences*. MIT Press.
- Butler, Judith. (2013). Variaciones sobre sexo y género: Beauvoir, Wittig y Foucault. En M. Lamas (Comp.), *El género. La construcción cultural de la diferencia sexual* (pp. 303-327). PUEG.
- Butler, Judith. (2019). *Desbacer el género*. Paidós.
- Calisto, Emilia. (2018). Notas sobre ciborgs y abyecciones. En E. Calisto, V. Gómez, V. Grabino, N. Magnone, L. Recalde, S. Rostagnol y M. Viera, *Transhumancias. Búsquedas teóricas feministas sobre el cuerpo y la sexualidad*, (pp. 59-74). Universidad de la República Uruguay.
- Ciccía, Lucía. (2017). *El sexo y el género como variables en la investigación biomédica y en la práctica clínica*. Fundación Dr. Jaime Roca.
- Ciccía, Lucía. (2021). Dimorfismo sexual, ¿natural? Una reinterpretación crítica de las diferencias biológicas. *Revista Bioética*, 29(1), 66-75. <https://doi.org/10.1590/1983-80422021291447>
- Ciccía, Lu. (2022). *La invención de los sexos*. Siglo veintiuno.
- Ciccía, Lucía. (2024). (Epi)genealogía del cuerpo generizado. *Dianoia*, 68(91), 113-145. <http://doi.org/10.22201/iifs.18704913e.2023.91.1993>
- Connell, R.W. (2003). *Masculinidades*. Universidad Nacional Autónoma de México.
- Eliot, Lise y Richardson, Sarah. (2016). Sex in Context: Limitations of Animal Studies fro Addressing Human Sex/Gender Neurobehavioral Health Disparities. *The Journal of Neuroscience*, 36(47), 11823-11830. <https://doi.org/10.1523/JNEUROSCI.1391-16.2016>
- Esteban, Mari Luz. (2013). *Antropología del cuerpo. Género, itinerarios corporales, identidad y cambio*. edicions bellaterra.
- Fausto-Sterling, Anne. (2002). *Myths of gender. Biological theories about men and women*. BasicBooks.
- Fausto-Sterling, Anne. (2006). *Cuerpos sexuados. La política de género y la construcción de la sexualidad*. Melusina.
- Flores, Javier. (2012). La homofobia y las bases biológicas de la diferenciación sexual. En J. Flores, *Homofobia: Laberinto de la ignorancia* (pp. 65-90). Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades, UNAM.
- Guerrero Mc Manus, Siobhan. (2024). Dossier: debates filosóficos sobre el cuerpo sexuado. *Diánoia*, 68(91), 3-16. <https://doi.org/10.22201/iifs.18704913e.2023.91.2047>
- Haraway, Donna. (1985). *Mujeres, simios y cyborgs*. Alianza editorial.
- Joel, Daphna y Vilhanski, Luba. (2020). *Mosaico de género. Más allá del mito del cerebro masculino y femenino*. Editorial Kairos.
- Lamas, Marta. (2004). Volver a la diferencia sexual. En M. Zárate y O Gall, *Mujeres al Timón en la Función Pública (Manual de Liderazgo Social)* (pp. 37-46). Instituto de Liderazgo Simone de Beauvoir.
- Laqueur, Thomas. (1994). *La construcción del sexo. Cuerpo y género desde los griegos hasta Freud*. Cátedra.
- Latour, Bruno y Woolgar, Steve. (1979). *Laboratory life. The construction of scientific facts*. Sage Publications

- Latour, Bruno. (1992). *Ciencia en acción. Cómo seguir a los científicos e ingenieros a través de la sociedad*. Editorial Labor.
- Le Breton, David. (2021). *Antropología del cuerpo y modernidad*. Prometeo.
- León-Rodríguez, María Elena. (2016). Ciencia, sexo y género. *Revista Espiga*, 15(32), 137-142. <https://www.redalyc.org/journal/4678/467859216005/467859216005.pdf>
- Longino, Helen y Doell, Ruth. (1987). Body, Bias and Behavior: A Comparative Analysis of Reasoning in Two Areas of Biological Science. En S. Harding y J. O'Barr (Eds.), *Sex and Scientific Inquiry* (pp.165-186). The University of Chicago Press.
- Longino, Helen. (2013). *Studying Human Behavior. How Scientists Investigate Aggression and Sexuality*. The University of Chicago Press.
- Lugones, María. (2008). Colonialidad y Género. *Revista Tabula Rasa*, (9), 73-101. <https://www.revistatabularasa.org/numero-9/05lugones.pdf>
- Maffía, Diana y Cabral, Mauro. (2003). Los sexos ¿son o se hacen?. En D. Maffía (Comp.), *Sexualidades Migrantes, Género y Transgénero* (pp. 86-97). Feminaria.
- Maquieira, Virginia. (2001). Género, diferencia y desigualdad. En E. Beltran, V. Maquieira, S. Álvarez y C. Sánchez (Eds.), *Feminismos. Debates teóricos contemporáneos* (pp. 127-184). Alianza Editorial.
- Mattio, Eduardo. (2012). ¿De qué hablamos cuando hablamos de género?. Una introducción conceptual. En J. Morán, M. Sgro y J. Vaggione, *Sexualidades, desigualdades y derechos. Reflexiones en torno a los derechos sexuales y reproductivos* (pp. 85-103). Ciencia, Derecho y Sociedad.
- Muñoz, Leah. (2021). La construcción científica del sexo. *La Ventana*, (53), 10-38. https://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1405-94362021000100010
- Oakley, Ann. (1972). *Sex, Gender and Society*. Harper & Row.
- Oudshoorn, Nelly. (2000). The Birth of Sex Hormones. En L. Schiebinger (Ed.), *Feminism and the body* (pp. 87-117). Oxford University Press.
- Pape, Madeleine. (2021). Co-production, multiplied: Enactments of sex as a biological variable in US biomedicine. *Social Studies of Science*, 51(3), 339-363. <https://doi.org/10.1177/0306312720985939>
- Pitts-Taylor, Victoria. (6 de abril de 2012). *Neurocultures Manifesto*. Social text. <http://www.socialtextjournal.org/periscope/neuroculture>
- Preciado, Paul. (2002). *Manifiesto contra-sexual*. Opera Prima.
- Preciado, Paul. (2019). *Un apartamento en Urano*. Anagrama.
- Radi, Blas. (2019). Políticas del conocimiento: hacia una epistemología trans*. En M. López (Comp.), *Los mil pequeños sexos. Intervenciones críticas sobre políticas de género y sexualidades* (pp. 27-42). EDUNTREF.
- Reverter, Sonia. (2022). *La diferencia sexual en el cerebro. Una revisión crítica desde el feminismo*. Editorial Comares.
- Richardson, Sarah, Reiches, Meredith, Shattuck-Heidorn, Heather, Lynne, Michelle y Consoli, Theresa. (2015). Opinion: Focus on preclinical sex differences will not address women's and men's health disparities. *PNAS*, 112(44), 1419-13420. www.pnas.org/cgi/doi/10.1073/pnas.1516958112
- Richardson, Sarah. (2022). Contextualismo Sexual. Philosophy, *Theory and Practice in Biology*, 14(2). <https://doi.org/10.3998/ptpbio.2096>
- Rippon, Gina. (2019). *The gendered brain*. The Bodley Head London.

-
- Ritz, Stacey. (2017). Complexities of addressing sex el cell culture research. *Signs*, 42(2), 307-327. <https://doi.org/10.1086/688181>
- Sadler, Michelle. (2018). Cuerpos vividos en el nacimiento. Del cuerpo muerto de miedo al cuerpo gozoso. En M. Cordero, P. Moscoso-Flores y A. Viu (Eds.), *Rastros y gestos de las emociones. Desbordes disciplinarios* (pp. 199-245). Editorial Cuartopropio.
- Sánchez, Ana. (2006). Innato/adquirido: La construcción dialógica de lo femenino/masculino en el discurso biológico. *Clepsydra*, (5), 71-85. <https://www.ull.es/revistas/index.php/clepsydra/article/download/2385/1489/>
- Schiebinger, Londa. (2004). *¿Tiene sexo la mente?. Las mujeres en los orígenes de la ciencia moderna*. Ediciones Cátedra.
- Stolke, Verena. (2004). La mujer es puro cuento: la cultura del género. *Estudios Feministas*, 12(2), 77-105. <https://www.scielo.br/j/ref/a/Y34wffVpkt3B64sjBwYGYNS/?format=pdf&lang=es>
- Stone, Alison. (2007). *An Introduction to Feminist Philosophy*. polity.
- Suárez Tomé, Danila. (2022). *Introducción a la teoría feminista*. Nido de Vacas.
- Wittig, Monique. (1996). The Category of Sex. En D. Leonard y L. Adkins, *Sex in Question: French materialist feminism* (pp. 25-30). Taylor&Francis.